

*El PCE y el uso público de la historia (1956-1978)**

José Carlos Rueda Laffond

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El artículo estudia diversos aspectos de la memoria oficial del Partido Comunista de España (PCE) entre el tardofranquismo y el inicio de la Transición democrática. Se analiza esta modalidad de relato atendiendo a sus reacomodos tácticos o a sus continuidades y fracturas. Como tesis esencial se destaca la implicación de los usos selectivos del pasado en la estrategia política del partido, y su adaptabilidad, posibilismo y rasgos pragmáticos.

Palabras clave: memoria oficial, Partido Comunista de España, franquismo, transición democrática.

Abstract: The article examines different aspects of the official memory of the Communist Party of Spain (PCE) between late Francoism and the beginning of the democratic transition. The text emphasizes the official communist memory from various dimensions, tactical rearrangements or continuities and fractures. As main thesis, it highlights the involvement of selective uses of the past in the political strategy of PCE, and its components, adaptability or pragmatic nature.

Keywords: Official Memory, Communist Party of Spain, Francoism, Democratic Transition.

* Trabajo resultado de los proyectos CSO2013-41594-P (MINECO) y 2013-LINE-01 (URV).

Introducción

De entre los partidos políticos —o sus directos sucesores— que desempeñaron un papel relevante la Transición democrática, probablemente sea el PCE el que ha sometido a mayor relectura crítica sus posiciones durante aquel periodo. Por ejemplo, las señas de identidad republicanas se fueron visibilizando progresivamente entre el XIV y XV Congreso (1995 y 1998), coincidiendo con el objetivo del *sorpasso* al PSOE y con la creciente patrimonialización del recuerdo de la Transición por parte del PP¹. También fue en este momento cuando la militancia del partido se implicó en el movimiento memorialista, aspecto que culminó en 2002 con el nacimiento de Foro por la Memoria, impulsado desde la Comisión de Memoria Histórica. Ya en 2008, la Conferencia Política del PCE consideró roto el pacto constitucional. Coincidiendo con el trigésimo aniversario de la Carta Magna se denunció que el referéndum de 1978 «fue lo menos parecido a la decisión soberana de un pueblo al que sólo se le dieron dos opciones: monarquía parlamentaria o franquismo sin Franco», abogándose por un proceso constituyente hacia una Tercera República².

Esta valoración parece claramente alejada de los argumentos esgrimidos treinta años atrás. Jordi Solé Tura, ponente constitucional del PCE-PSUC, remarcó en agosto de 1977 que el objetivo de la Constitución no podía ser otro que la derogación del franquismo. Respecto a la forma de Estado recordaba que la legitimidad de la Corona procedía de la dictadura. Pero la cuestión sustancial no era polemizar sobre república o monarquía, sino reconvertir la institución a la fórmula «más evolucionada posible» en términos democráticos —esto es, la monarquía parlamentaria—³. Este posicionamiento se reiteró en su informe al Comité Central del 7 de enero de 1978, o en el de Santiago Carrillo del 21 de octubre, para quien la

¹ Luis RAMIRO: *Cambio y adaptación en la izquierda. La evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000)*, Madrid, CIS, 2004, pp. 243-264.

² PCE: *Manifiesto de la Secretaría de Movimientos Sociales ante el 30 aniversario de la Constitución española*, s. l., s. e., 5 de diciembre de 2008.

³ Jordi SOLÉ TURA: *Los comunistas y la Constitución*, Madrid, Forma, 1978, pp. 10 y 28-32.

Carta Magna era un reflejo de la «realidad actual» y el cómo aplicarla dependería de futuras mayorías parlamentarias⁴. Poco después, llegó a afirmar, incluso, que el marco constitucional podría favorecer que «fuerzas y hombres que hoy están en el Centro terminen adhiriéndose a soluciones socialistas»⁵.

La aceptación de la Corona suele presentarse, desde las primeras monografías periodísticas dedicadas a la legalización del PCE, como el eje que desbrozó la negociación entre la dirección comunista, personalizada en Carrillo, y el proyecto reformista encarnado en Suárez⁶. Pero éste es un enfoque reduccionista que, entre otros aspectos, privilegia una interpretación desde arriba donde se neutralizan elementos como las tensiones que aquel hecho pudo generar entre las bases. Bien es cierto que en los actos del partido durante la campaña electoral de 1977 ondeó siempre la enseña con los colores oficiales del Estado y que se evitaron conscientemente las demostraciones republicanas. Sin embargo, tanto las filmaciones del Pleno ampliado de Roma de julio de 1976, como las de la manifestación madrileña del 1 de mayo de 1979, sí las evidencian.

Este hecho nos conduce a un punto de vista clásico en los estudios de memoria: el considerar a una organización política como comunidad mnemónica que comparte determinados valores o visiones del pasado, pero que también puede estar dividida mediante un eje arriba/abajo, entre el patrimonio simbólico de la militancia y el manejado por los niveles superiores del aparato. La dualidad dirigencia/bases ha sido abordada en trabajos dedicados al PCE o al PSUC en los que se han destacado la especificidad de prácticas y experiencias en uno y otro nivel, o los rasgos privativos asociados a determinados espacios de socialización (ámbitos estudiantiles, culturales, sindicales, vecinales...) ⁷. A ello cabría sumar

⁴ Santiago CARRILLO: *Informe y resumen ante el Pleno del CC, 21-22 octubre*, Madrid, Comisión de Propaganda del PCE, 1978, pp. 2 y 4.

⁵ Santiago CARRILLO: *El año de la Constitución*, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 39-42.

⁶ Joaquín BARDAVIO: *Sábado Santo Rojo*, Madrid, Uve, 1980, pp. 166-169.

⁷ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*, Barcelona, L'Avenç, 2010, pp. 108-140, o Xavier DOMÉNECH: «Cenizas que ardían todavía: la identidad comunista en el tardofranquismo y la transición», en Manuel BUENO y Sergio GÁLVEZ (eds.): *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, Madrid, FIM, 2009, pp. 93-137.

los condicionantes impuestos por la represión, la clandestinidad, la dispersión territorial o la necesidad de manejar señas específicas, por ejemplo frente a otras opciones de izquierda radical que denunciaron durante los años sesenta o setenta las renunciadas del PCE al imaginario clásico.

El enfoque sobre dualidad de memorias tiende a resaltar una relación jerárquica —e, incluso, asimétrica—, problematizada en el caso del PCE durante el franquismo por el relevante sentido otorgado al recuerdo colectivo como pedagogía ejemplarizante y terreno de legitimación política⁸. En este contexto, la memoria oficial se definiría por un carácter codificador, regulador e institucionalizador, donde las elites dirigentes podrían actuar como instancias productoras y administradoras de mitos, ceremonias o rituales, o incluso como detentadoras simbólicas del pasado⁹; y las necesidades dictadas por la estrategia política, como condicionantes para su enunciación o silencio¹⁰. De aquí que sus textos —que asimismo tendrían una presencia hegemónica en los medios oficiales—¹¹ quepan valorarse como narrativas orgánicas con valor patrimonial¹². Pero tales consideraciones no deben obviar tampoco el enfoque dinámico de la memoria que enfatiza que las memorias parciales no se sitúan en compartimentos estanco, sino que se articulan y negocian mediante interacciones complejas tanto hacia dentro (al seno de la or-

⁸ Francisco ERICE: «El orgullo de ser comunistas. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel BUENO y Sergio GÁLVEZ: *Nosotros...*, pp. 163-166.

⁹ Marie-Claire LAVABRE: *Le fil rouge. Sociologie de la mémoire communiste*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1994, pp. 12-20.

¹⁰ David I. KERTZER: *Politics and Symbols: The Italian Communist Party and Fall of Communism*, New Haven, Yale University Press, pp. 16-17, y Gina HERRMAN: *Written in Red. The Communist Memoir in Spain*, Urbana-Chicago, University of Illinois Press, 2010, pp. 8-20.

¹¹ La proyección mediática del PCE está siendo objeto de revisiones, como la de Luis ZARAGOZA: *Radio Pirenaica. La voz de la esperanza antifranquista*, Madrid, Marcial Pons, 2008; Xosé PRIETO: «Reflexiones sobre los medios audiovisuales en las publicaciones clandestinas del PCE y de las comisiones de trabajadores y trabajadoras del cine y la televisión», *Studies in Spanish & Latin American Cinemas*, 10.2 (2013), pp. 181-195, o Armand BALSEBRE y Rosario FONTOVA: *Las cartas de la Pirenaica*, Madrid, Cátedra, 2014.

¹² José Carlos RUEDA: «¿Un pasado que no cesa? Discurso patrimonial y memoria pública comunista en el franquismo y la transición?», *Revista de Estudios Sociales*, 47 (2013), pp. 12-24, esp. pp. 12-13.

ganización), como hacia fuera (hacia diversos niveles de la memoria social)¹³. Esta esfera conformaría un último marco de referencia, condicionado durante el tardofranquismo y la Transición por factores como el discurso oficial anticomunista, por las experiencias generacionales o por las formas de reconocimiento ciudadanas¹⁴.

Este trabajo se interesará por algunos relatos oficiales de pasado manejados por el PCE entre los años sesenta y setenta a partir de distintos materiales, fundamentalmente obras impresas de reflexión y análisis, ensayos, informes o entrevistas a dirigentes. Estos soportes constituyeron un medio esencial en la plasmación de la memoria oficial, si bien deben ser interpretados en relación con otros cauces de expresión más vastos¹⁵. Nuestra tesis esencial es que la memoria oficial comunista presentó un relevante grado de presencia y ductilidad. Este último aspecto sugiere situarla, desde un enfoque conceptual flexible, en las coordenadas de una lógica populista entendida como ámbito simbólico incardinado con una acción política que pretendió la confluencia de solidaridades, intereses, expectativas o afectos en torno a un sujeto amplio y heterogéneo: el sujeto popular¹⁶. En este artículo se estimará que dicha dimensión populista tuvo una cierta traducción, tanto en el plano del relato como en el de la estrategia. En el primer caso, como adaptación de uno de los *leitmotiv* comunistas clásicos¹⁷: la dicotomía pueblo (enten-

¹³ Michael SCHUDSON: «Lives, laws, and language: commemorative versus non commemorative forms of effective public memory», *Communication Review*, 2.1 (1997), pp. 3-17, esp. pp. 4-5. Un ejemplo de esta circulación en el seno del PCE, en Armand BALSEBRE y Rosario FONTOVA: *Las cartas...*

¹⁴ Pilar AGUILAR: *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 30-34; Julio ARÓSTEGUI: «Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la Guerra Civil», en Julio ARÓSTEGUI y François GODICHEAU (eds.): *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 70-80.

¹⁵ Véase, como complemento a lo aquí recogido sobre la política de propaganda en medios audiovisuales o prensa, José Carlos RUEDA: «Perder el miedo, romper el mito. Reflexión mediática y representación del Partido Comunista entre el franquismo y la Transición», *Hispania. Revista Española de Historia*, 75, 251 (2015), pp. 833-862.

¹⁶ Ernesto LACLAU: *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 122-150.

¹⁷ Rafael CRUZ: «Como Cristo sobre las aguas. La cultura política bolchevique en España», en Antonio MORALES MOYA (coord.): *Ideologías y movimientos políticos*, Madrid, Nuevo Milenio, 2001, pp. 187-202, esp. pp. 190-191.

dido en los años sesenta y setenta como trabajadores y masas ciudadanas) *versus* antipueblo (el conglomerado compuesto por el régimen franquista y sus oligarquías), que podría superarse mediante una democracia política, social y económica entendida como objetivo inclusivo que asimilaba —pero al tiempo trascendía— la acepción liberal clásica y los estrictos enfoques de clase¹⁸. Y en el plano de la estrategia, mediante una operatoria que combinó tácticas entristas, la obsesión por confluir con otras fuerzas, un proyecto nacional descentralizador¹⁹, o el llamamiento a nuevas cohortes sociales, como las clases medias profesionales o procedentes del sector servicios.

A la sombra de la reconciliación nacional

La publicística comunista generó un amplio corpus de documentos entre 1956 y 1975 orientados a administrar la memoria del partido. Ello permite hablar de un compendio de textos susceptibles de amoldarse a giros de coyuntura. En 1960 Santiago Carrillo llegó a la secretaría general. A partir de esa fecha se convirtió en la voz pública más relevante del PCE, aunque no faltaron las tensiones internas en varias direcciones. En 1965 se consumó la expulsión de Fernando Claudín y Jorge Semprún tras un largo periodo de discusión y roce personal con Carrillo²⁰. Pocos meses antes tuvo lugar la disidencia que derivó en el PCE (marxista-leninista), y a finales de la década la escisión de los colectivos que formaron el PCE (internacional) o la ruptura con los sectores encabezados por Enrique Lister, Eduardo García y Agustín Gómez. Estos cismas

¹⁸ Juan Antonio ANDRADE: *El PCE y el PSOE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2012, pp. 80-82 y 259.

¹⁹ Vega RODRÍGUEZ-PARRA: «PSOE, PCE e identidad nacional en la construcción democrática», en Ismael SAZ y Ferran ARCHILÉS (eds.): *La nación de los españoles. Discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, Universitat de València, 2012, pp. 323-340, esp. pp. 329-331.

²⁰ Santiago CARRILLO: *Después de Franco, ¿qué?*, París, Éditions Sociales, 1965, pp. 156-162; *id.*: *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993, pp. 475-482, y Fernando CLAUDÍN: *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 145-177.

no respondieron a divergencias sobre el pasado lejano, sino al rechazo que suscitaron las políticas de reconciliación nacional (1956) y pacto por la libertad (1969), o por la creciente autonomía frente a la Unión Soviética. De ahí que acabasen generando interpretaciones que conjugaban coincidencias y notables contrastes con el relato del partido matriz.

Así, el PCE(i) se definió como «partido de nuevo tipo», haciendo suyo el tópico empleado por el PCE para referirse a su nacimiento en 1920, aunque la exégesis histórica dibujada por aquella organización situaba sus raíces como reacción al abandono de la lucha guerrillera, la paulatina «asimilación del reformismo» y por la predisposición del PCE al acuerdo con fuerzas moderadas del interior²¹. Su lectura de la situación política de 1973 partía de la hipótesis de un «debilitamiento del bloque enemigo (de) la reacción fascista» de 1936. Ante ese hecho, el PCE(i) propugnaba una coalición «del tipo Frente Popular» y un gobierno provisional revolucionario²². La invocación a 1936 desde una óptica de presente también caracterizó al PCE(m-l). Este grupo tipificó la Guerra Civil en 1974 con la misma terminología usada por el PCE en los años cincuenta: esto es, como «guerra nacional revolucionaria»²³. Sin embargo, tal expresión encerraba un alegato extremadamente crítico frente a Carrillo y una categorización del conflicto que lo entendía como movilización patriótica y lucha de clases, aspectos que permitían enlazarlo con el discurso antinorteamericano y con la táctica de lucha armada encarnada en el FRAP²⁴.

La memoria oficial desplegada por el PCE entre 1956 y 1975 se basó en otro *continuum*. Aunque los espacios evocados fueron diversos, éstos tendieron a focalizarse en la revolución soviética, la crónica de la Guerra Civil o, ante todo, en la oposición a la dictadura. Desde los años sesenta, la estrategia comunista se orientó a estructurar un partido de masas en la clandestinidad y a pivotar un amplio frente socio-laboral, buscar la convergencia con otras

²¹ *Mundo Obrero* (Comisión Central del PCEi), 1.ª quincena de 1968, pp. 5-10.

²² *Mundo Obrero Rojo*, 10 de abril de 1973, pp. 4-5.

²³ Cfr. con Dolores IBÁRRURI: *La guerra nacional revolucionaria del pueblo español (apuntes para la Historia)*, París, s. e., 1953.

²⁴ *La Guerra Nacional Revolucionaria del Pueblo Español contra el Fascismo*, Madrid, Vanguardia Obrera, s. f. [1974].

fuerzas de oposición, remarcar la tesis del policentrismo o insistir en la posibilidad de una transición gradual y pacífica hacia el socialismo. En tales coordenadas, la visión épica de la guerra, junto a la idea de reconciliación nacional, restauración democrática y legitimación desde el antifranquismo actuaron como soldaduras entre el ayer y el hoy²⁵.

La semántica de la reconciliación nacional fue la que presentó una presencia y una continuidad retórica más acusada durante este periodo²⁶. Formulada inicialmente en junio de 1956 por Santiago Carrillo, surgió de la percepción de fisuras políticas y generacionales en el bando vencedor, y fue fruto de importantes condicionantes tácticos, entre ellos, el impacto de la desestalinización, la conciencia sobre el cambio socioeconómico en la España de mediados de los cincuenta o la necesidad de construir alianzas operativas coherentes con ese nuevo escenario²⁷. No obstante, también se presentó como deriva de formulaciones anteriores, como los Trece Puntos de Negrín o la política de Unión Nacional. Partía del supuesto de que era el régimen quien mantenía activos los rescoldos de 1936 y que sus bases sociales estaban definitivamente erosionadas. Este hecho se explicitaría en la insalvable contradicción existente entre la minoría en el poder frente a un amplio conglomerado nutrido por las clases populares, las fuerzas del exilio y por múltiples grupos del interior (democratacristianos, monárquicos, conservadores o falangistas de izquierda). La política de reconciliación nacional minusvaloraba la solidez del franquismo y aventuraba la existencia de desavenencias en el Movimiento Nacional o el ejército. Como vía de salida planteaba un acuerdo desde un programa mínimo de amnistía y restauración de libertades que permitiese la confluencia entre las capas

²⁵ Jesús SÁNCHEZ: *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, FIM, 2004, o Fernando CLAUDÍN: *Eurocomunismo y Socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 30-75.

²⁶ Carme MOLINERO: «La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición», *Ayer*, 66 (2007), pp. 201-225.

²⁷ «Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español» (junio de 1956), Archivo Histórico del PCE (AHPCE), *Documentos*, 20; Francisco ÉRICE: «Los condicionamientos del giro táctico de 1956: el contexto de la Política de Reconciliación Nacional», *Papeles de la FIM*, 24 (2006), pp. 129-150, y María José VALVERDE: «La política de Reconciliación Nacional: contenidos y planteamientos de esta política», *Papeles de la FIM*, 24 (2006), pp. 151-173.

populares y la burguesía nacional. Ése era exactamente el terreno donde situaba la necesidad de «enterrar odios y rencores» para lograr la «supresión de la dictadura del general Franco sin guerra civil». Planteaba, pues, una lógica de acción dirigida hacia una base ciudadana amplia y plural, pero que no obviaba tampoco que el derrocamiento del régimen debía ser fruto de una movilización masiva (la «huelga nacional») donde el PCE debía desempeñar un papel decisivo.

La síntesis entre voluntarismo, autoafirmación y llamamiento interclasista que traslucía la política de reconciliación nacional se reflejó en otros relatos. Éstos deben interpretarse en clave de producción de una narrativa oficial que tendrá capacidad de vigencia, siquiera simbólica, en las dos siguientes décadas, sobre todo desde el consumo interno de la organización. Pero también como respuesta a textos que reflejaban el anticomunismo visceral franquista o a las críticas autobiográficas de antiguos dirigentes caídos en desgracia, como Enrique Castro, Jesús Hernández o Valentín González²⁸. *El único camino* (1960), el primer volumen de memorias de Dolores Ibárruri, es un buen ejemplo. O la *Historia del Partido Comunista de España*, publicada en ese mismo año, que sus autores presentaron como guía pedagógica para las nuevas generaciones²⁹. En ella se formuló una asequible y triunfalista visión del partido pautada por el viraje de 1932, la convergencia antifascista, la Guerra Civil como guerra nacional revolucionaria y el heroísmo en la lucha antifranquista. Sin embargo, concluía sus páginas haciéndose eco del discurso de la reconciliación nacional, mencionando la cancelación de responsabilidades por la guerra y estableciendo un balance final del franquismo como fenómeno que subsistía «no por su propia fuerza ni por asistencias ajenas» (es decir, norteamericanas), sino por la inexistencia de un frente común de oposición³⁰. Idénticos argumentos —pero aún más simplificados— vertebraron

²⁸ David GINARD: «La investigación histórica sobre el PCE: desde sus inicios a la normalización historiográfica», en Manuel BUENO, José HINOJOSA y Carmen GARCÍA (eds.): *Historia del PCE, I. Primer Congreso, 1920-1977*, Madrid, FIM, 2007, pp. 24-31.

²⁹ Dolores IBÁRRURI *et al.*: *Historia del Partido Comunista de España*, París, Éditions Sociales, 1960.

³⁰ *Ibid.*, pp. 6-8 y 278-285.

el informe de Ibárruri al VI Congreso de 1959. En él se combinaba un contundente rechazo al «socialdemocratismo» y al anarquismo como teorías o por su responsabilidad en la derrota de 1939, junto a la idealización del PCE por «encontrar soluciones a cada etapa revolucionaria», o por ser instrumento de redención de la burguesía española en la recuperación de la libertad³¹.

El bienio 1966-1967 fue rico en declaraciones conmemorativas. Con motivo del aniversario de la Revolución de Octubre, *Pasionaria* publicó otro trabajo divulgativo dividido en dos partes. En la primera retomaba la visión del mito fundacional de 1917, resaltando el papel del partido bolchevique como guía o de Lenin como genio revolucionario. En la segunda parte establecía una lectura de presente donde ampliaba el «acuerdo progresivo frente a Franco» hacia los grupos socialistas. Ibárruri también ensalzó a la Unión Soviética como patria del socialismo, bastión antiimperialista y «país donde los hombres viven sin temor al mañana». La reunión de estos argumentos en un mismo texto es relevante por su cercanía temporal con las críticas del PCE a la intervención soviética en Checoslovaquia. Este hecho suele considerarse como el punto de inflexión en las relaciones con el PCUS y como decisión influida por el interés en lograr acuerdos con otras fuerzas de oposición. Pero la condena chocó con la sensibilidad de parte de la militancia y la elite dirigente. Intentando lograr un equilibrio, Carrillo explicó en un mitin y ante el Comité Central, el 15 y 18 de septiembre de 1968, que la intervención era un error sin paliativos, aunque «ni quebraba el afecto ni nuestra devoción» a la Unión Soviética³². En todo caso, aquel hecho determinó el tono de los encuentros durante la primera mitad de los años setenta, que estuvieron dominados por un clima de desconfianza: por parte soviética, por los recelos a admitir públicamente las diferencias y, por la española, por el apoyo de Moscú al grupo de Líster. Incluso en alguna ocasión acordar una declaración conjunta requirió de la aprobación personal de Brézhnev, como ocurrió en 1974, a pesar de que —según Carrillo—

³¹ Dolores IBÁRRURI: *40 años del Partido Comunista de España, sus raíces, su base ideológica, sus actividades*, México, Ediciones España Popular, pp. 2-3, 43-47 y 56.

³² Paul PRESTON: *El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Barcelona, Debate, 2013, pp. 256-259, y Gregorio MORÁN: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 442-443.

los soviéticos creían estar ante un partido «en vísperas de tomar grandes responsabilidades en la dirección (del país)»³³.

Otro motivo para la conmemoración fue el trigésimo aniversario de la Guerra Civil. En junio de 1966, el Comité Ejecutivo publicó una declaración donde volvía a insistir en la debilidad del régimen y en la extensión del sentimiento de reconciliación entre sectores tradicionalistas y falangistas³⁴. El aniversario del conflicto impulsó, asimismo, *Guerra y revolución en España*, una detallada narración fruto de la misma autoría colectiva que la historia del partido, y que partía de un estudio previo de Manuel Azcárate y José Sandoval³⁵. En su preparación se recabó el testimonio de varios militantes y se consultaron los informes de miembros de la dirección o del Komintern confeccionados en la primavera y el verano de 1939³⁶. Esta obra coincidió, además, con un significativo rebrote del relato anticomunista en España³⁷. En 1965 se constituyó, bajo la dirección de Ricardo de la Cierva, la Sección de Estudios sobre la Guerra de España dentro de la Secretaría General Técnica del Ministerio de Información y Turismo. Oficialmente nació con el objeto de adquirir y clasificar materiales y realizar monografías especializadas. Pero, según de la Cierva, otro motivo para crearla fue «abordar el problema del Frente Popular, porque en los Consejos de Ministros el general Franco se interesaba por algunos discursos pronunciados en París por Dolores Ibárruri». De hecho, su primer resultado fue una compilación que intentaba justificar la tesis de que fue aquella coalición la responsable de desencadenar la guerra³⁸.

³³ «Carta de Santiago Carrillo» (15 de octubre de 1974), AHPCE, *Activistas*, 93-J-14.

³⁴ «Declaración del Partido Comunista de España ante el XXX aniversario del comienzo de la guerra civil» (junio de 1966), AHPCE, *Documentos*, 47.

³⁵ Dolores IBÁRRURI *et al.*: *Guerra y revolución en España, 1936-39*, Moscú, Progreso, 1966-1977, y Manuel AZCÁRATE y José SANDOVAL: *986 días de lucha. La guerra nacional revolucionaria del pueblo español*, Moscú, Progreso, 1965.

³⁶ Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ: *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 448-458 y 465-466.

³⁷ Eduardo COMÍN COLOMER: *Historia del Partido Comunista de España*, Madrid, Editora Nacional, 1965-1967.

³⁸ Ricardo DE LA CIERVA: «El encuentro con la Historia», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 27 (2005), pp. 71-79, esp. p. 76, e *id.*: *Los documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos del 18 de julio de 1936*, Madrid, Secretaría General Técnica, 1966.

La tesis de *Guerra y revolución en España* era la contraria: pretendía explicar «el gran crimen de la reacción» del 18 de julio, glorificando el papel militar y político del PCE. Especial relieve tuvo el recuerdo del Pleno celebrado en Valencia en marzo de 1937 y, en particular, de la expresión «república de nuevo tipo» formulada por José Díaz como modelo de Estado democrático-parlamentario propugnado por los comunistas, «con carácter social», modernizador y encaminado a eliminar la oligarquía³⁹. Esta semántica —que trascendía los límites de clase y manejaba una invocación abierta e inclusiva— resultaba afín a la expresión «democracia política y social» asumida por el PCE desde mediados de los años sesenta, y que acabó integrándose en el discurso eurocomunista. La evocación del Pleno de Valencia permitió, asimismo, redefinir la figura de Díaz. En 1956, Carrillo había criticado el culto a la personalidad del que fuera secretario general. No obstante, a inicios de los setenta se procedió a la reedición revisada de sus discursos. Éstos se publicaron en España en 1978 y al año siguiente se preparó una selección junto a escritos de Togliatti y del propio Carrillo, situándolos en una órbita comprensiva alejada de la ortodoxia estalinista⁴⁰.

Pero el recuerdo del Frente Popular fue también objeto de atención en otros textos sobre pasajes históricos más polémicos. En 1966, Santiago Carrillo reconoció como error los excesos provocados por «la orientación anticlerical generalizada entre la izquierda», algo que —según sus palabras— el PCE no pudo evitar. En cambio, al rememorar la liquidación del POUM obvió el trasfondo de los Procesos de Moscú y afirmó que en ningún momento se violaron «las reglas democráticas por exigencia de los comunistas»⁴¹. Tres años después fue Federico Melchor quien aludió a la represión en Madrid de noviembre de 1936 con un lenguaje inusualmente directo, apuntando que «la contrarrevolución interna, la quinta columna, fue descubierta y golpeada con la colaboración e intervención del pueblo y las fuerzas democráticas»⁴².

³⁹ *Guerra y revolución...*, I, p. 7, y II, pp. 282 y 266-271.

⁴⁰ José DÍAZ: *Tres años de lucha*, París, Ébro, 1970, reed. Barcelona, Laia, 1978, e íd.: *Los comunistas y la revolución española*, Barcelona, Bruguera, 1979.

⁴¹ Santiago CARRILLO: «Datos sobre el Frente Popular», *Nuestra Bandera*, 4.º trimestre de 1966, pp. 21 y 25.

⁴² Federico MELCHOR: «1936-1939. La democracia de nuevo tipo», *Nuestra Bandera*, marzo-abril de 1969, p. 35.

Pero una cosa era evocar la experiencia histórica y otra distinta defender el frentepopulismo como modelo de pacto para el presente. A este asunto dedicó Carrillo su presentación de los discursos de Díaz en 1970. Esta vez, tras reiterar la eficacia del modelo de «república de nuevo tipo» como dinamizador de la revolución democrático-burguesa durante los años treinta, destacó que la política de reconciliación nacional ampliaba aquel consenso al permitir la incorporación de sectores conservadores o demócratacristianos en un programa mínimo de recuperación de las libertades. Idénticos argumentos fueron esgrimidos en diciembre de 1974 en un encuentro con miembros del PCE(i) para hacerles ver la extemporaneidad de su invocación frentepopulista⁴³.

Un último texto —el *Manifiesto Programa*— engarzó el relato formalizado durante la dictadura con el cristalizado durante la Transición. Fue fruto de un largo proceso de confección que abarcó del VIII Congreso (1972) a septiembre de 1975. Este documento ensalzó la matriz fundacional de 1917, mencionó las debilidades de la revolución burguesa española, el proceso formativo del capitalismo monopolista tras 1898, el carácter épico de la guerra o las «hondas transformaciones sociales» promovidas por el Frente Popular. El tardofranquismo era presentado como síntesis entre «integrista medieval y fascista» e ideología neocapitalista. Como vía de salida propugnaba la ruptura democrática concebida como «revolución política» sin riesgo de guerra civil. Pero la difusión del *Manifiesto Programa* evidenció también contradicciones. Algunos de sus puntos se incluyeron en un texto de urgencia, publicado en vísperas de las elecciones, junto con el programa aprobado tras la legalización. De esta forma podía leerse que el PCE propugnaba «la libre unión de todos los pueblos de España en una República Federal», o la nacionalización de la banca o grandes empresas (1975), junto a pasajes que eludían pronunciarse sobre la forma de Estado, o que sólo mencionaban el «control democrático [...] de los recursos financieros» y el «saneamiento» del sector público (1977)⁴⁴.

⁴³ Santiago CARRILLO: «Ayer, el Frente Popular... ¿y hoy?», en *Los comunistas...*, pp. 108, 119 y 124-127, y «Carta de Santiago Carrillo» (9 de diciembre de 1974), AHPCE, *Activistas*, 93/J-49.

⁴⁴ Santiago CARRILLO y Simón SÁNCHEZ MONTERO: *PCE*, Bilbao, Albia, 1977, pp. 39-40 y 49-51.

La memoria oficial y la presión por la normalización comunista

Un repaso a *Mundo Obrero* entre finales de 1975 y 1977 evidencia las claves esenciales manejadas por la memoria oficial del PCE. Destaca, en primer lugar, la elusión de reflexiones directas sobre la Segunda República, la Guerra Civil o acerca del papel del partido en esos contextos. Las referencias históricas expresas únicamente están recogidas en algunas necrológicas, como las de Francisco Antón y Antonio Miije; o en textos puntuales dedicados a Julián Grimau, Miguel Hernández, Josep Renau y Pablo Picasso. Ocasionalmente algunos aniversarios sí facilitaron una evocación algo más extensa del pasado, como ocurrió en diciembre de 1975 con motivo de la onomástica de *Pasionaria*, o en julio de 1976, cuando se publicó un dossier por el cuarenta aniversario del PSUC que incluyó una entrevista a Gregorio López Raimundo⁴⁵.

Sin embargo, frente a ese aparente déficit de memoria, debe resaltarse el uso reiterativo de etiquetajes que siguieron encuadrando y dotando de sentido histórico al franquismo y al PCE. En un caso, enmarcándolo en unos parámetros tradicionales de memoria traumática, definida por la violencia o la represión. La novedad estribó en los riesgos de su persistencia en tiempo presente. Las sombras del pasado franquista se proyectaron sobre la representación que ofreció *Mundo Obrero* del rey Juan Carlos en diciembre de 1975, de Suárez en julio de 1976, o de Alianza Popular durante la campaña electoral. En el caso de la autorepresentación del partido, se ligó con valores de clara invocación popular como cambio, libertad o democracia ciudadana, neutralizando otro tipo de marcas, por ejemplo de clase. Esa semántica genérica sirvió para reforzar la categoría de reconciliación nacional, hasta convertirse en concepto central ante el asesinato de los abogados laboristas, la legalización o durante la campaña electoral. A la hora de glosar la matanza de Atocha, Carrillo afirmó que «la guerra es un hecho histórico», reiterando así la significación otorgada desde 1956. Pero, en paralelo, actualizó la noción de reconciliación nacional relacionándola con vocablos que tendrán una presencia notable en el espacio público

⁴⁵ «Al habla con Gregorio López Raimundo», *Mundo Obrero*, 26 de julio de 1976, pp. 7-8.

durante los meses siguientes, como cooperación, estabilidad o «responsabilidad nacional», los ejes que permitirían «una España libre y pacífica, sin vencedores ni vencidos»⁴⁶.

La estrategia comunista entre finales de 1975 y mediados de 1977 se desarrolló a través de tres mecanismos de presión complementarios: la movilización social (o, en su caso, la contención), la presión para normalizar la presencia del partido y la capacidad de negociación de su elite dirigente, particularmente de Santiago Carrillo⁴⁷. Las movilizaciones se hicieron sentir con fuerza en enero de 1976 y constituyeron un factor de desgaste del gabinete Arias. Sin embargo, la jornada de huelga del 12 de noviembre ni afectó a la capacidad de iniciativa del gobierno Suárez ni trastocó el esquema de tramitación de la ley para la Reforma Política. El PCE, junto a otros grupos de oposición, propugnó la abstención en el referéndum del 15 de diciembre, aunque el propio Carrillo daba por segura desde semanas antes la victoria del «sí», considerando incluso que un clima de mayor tolerancia habría permitido propugnar el voto afirmativo⁴⁸. Llegados a ese punto, la conclusión era clara: el PCE debía lanzarse a la «batalla por la legalidad», combinando su «salida a la superficie» y su conversión en partido de masas con la preparación de los comicios⁴⁹. Ya en enero de 1977 se justificó públicamente este viraje. En un editorial de *Nuestra Bandera*, Manuel Azcárate reconoció que los hechos habían sucedido de modo distinto al previsto: tras el referéndum debía admitirse que «el franquismo ya no existe (aunque) la democracia no es una realidad todavía. Estamos en plena transición»⁵⁰. A lo largo de 1976 se describió, pues, un arco en las expectativas comunistas. Éstas partieron del proyecto de ruptura democrática, hasta acabar acomodándose en el terreno de la reforma como espacio para la «ruptura

⁴⁶ Santiago CARRILLO: «Reconciliación para la democracia», *Mundo Obrero*, 27 de enero de 1977, p. 3.

⁴⁷ Emanuele TREGLIA: *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012, pp. 322-325.

⁴⁸ Santiago CARRILLO: *El año de la peluca*, Barcelona, Ediciones B, 1987, pp. 96, 100 y 128.

⁴⁹ «Pleno del Molino» (¿noviembre de 1976?) y «Borrador» (octubre de 1976), AHPCE, *Dirigentes*, 2/1.2.2 y 2.1.

⁵⁰ Manuel AZCÁRATE: «*Nuestra Bandera hoy*», *Nuestra Bandera*, enero de 1977, pp. 2-3.

pactada»⁵¹. Es en esta derivación donde deben situarse las modulaciones en la memoria oficial, en relación con la presión por forzar la presencia pública del partido y por difundir una imagen de moderación y responsabilidad, que atrajese complicidades ciudadanas diversas y neutralizase el anticomunismo declarado en determinados ámbitos políticos o sociales.

De hecho, desde el verano de 1976 se multiplicaron los textos de carácter proselitista. Se editó —aunque no se permitió inicialmente su distribución— la entrevista de Régis Debray y Max Gallo a Carrillo, realizada dos años antes. Esta obra se había convertido en un *bestseller* en Francia y fue traducida a varios idiomas. Presentaba de modo asistemático un análisis de actualidad con referencias históricas y abundantes pasajes biográficos del secretario general. La visión que ofrecía sobre la guerra o el franquismo reiteraba las tesis formuladas entre 1966 y 1971. Igualmente aludía a las relaciones con la Unión Soviética o al estalinismo, con el objeto de reforzar la imagen de independencia y autocrítica frente al pasado. El libro lanzaba, además, algunas insinuaciones sobre el riesgo de violencia si —según Carrillo— «la convergencia que nosotros deseamos no llega a reunir las fuerzas necesarias para el cambio»⁵². Argumentos similares se recogieron en la entrevista de Oriana Fallaci a Carrillo del 10 de octubre de 1975 en *L'Europeo*, en plena conmoción por las últimas ejecuciones del franquismo.

Un tono bien distinto presidió un opúsculo redactado por Carrillo en el otoño de 1976, en paralelo a *Eurocomunismo y Estado*. Fue una obra ideada para ser editada junto a otra de Suárez, finalmente frustrada, con una tirada conjunta de 600.000 ejemplares. En ella Carrillo presentaba la superación de la guerra y el repudio a la violencia como ejes cardinales de la transición propugnada por el PCE, y rebajaba al nivel de lo «no esencial» la cuestión de la forma de Estado. Y aprovechando su reciente lectura de las memorias de Azaña, enumeraba errores del pasado que debían evi-

⁵¹ Este concepto fue empleado desde inicios de 1976. Aludía al acuerdo entre la oposición y, desde ahí, a una hipotética negociación con «los elementos que se declaran reformistas», las Fuerzas Armadas y la Iglesia. «Cuatro proposiciones del Partido Comunista para resolver el problema político», *Mundo Obrero*, 24 de marzo de 1976, pp. 6-7.

⁵² Santiago CARRILLO: *Mañana España*, Madrid, Akal, 1976, p. 232.

tarse en aquel momento: la beligerancia en la cuestión religiosa, la reclamación de responsabilidades por la dictadura o las provocaciones al ejército⁵³. También a finales de 1976 se publicó otro texto divulgativo de Simón Sánchez Montero. Junto a una exposición escolástica del marxismo-leninismo incluía un capítulo dedicado al «marxismo creador». Ésa fue la expresión empleada en el PCE antes de la popularización del término eurocomunismo, y se utilizó para resaltar las ideas de independencia, respeto al pluralismo o aspiración por un «socialismo en libertad», entendidos como correctivos frente al modelo soviético⁵⁴.

Los escritos de Carrillo y Sánchez Montero se comercializaron en un contexto dominado por la multiplicación de pulsiones anticomunistas. A finales de septiembre, la embajada norteamericana destacó el rebrote de la polémica sobre Paracuellos, al hilo de la publicación de una colección de fascículos de Ricardo de la Cierva⁵⁵. Por su parte, la detención de Carrillo el 22 de diciembre alimentó una intensa campaña en medios conservadores y ultraderechistas que se prolongó hasta la primavera. Entre ambas fechas se produjo la irrupción del GRAPO, un grupúsculo que, a juicio de miembros del Gobierno y responsables comunistas, contaba con infiltrados ultraderechistas o de la policía⁵⁶.

La campaña de intoxicación incluyó acusaciones de connivencia del PCE con el terrorismo o sobre la participación directa de algún dirigente (Francisco Romero Marín) en el GRAPO como agente del KGB⁵⁷. El dramaturgo ultraderechista Alfonso Paso incriminó al partido en la financiación de ETA y el FRAP, y el catedrático Francisco Canals de que actuaba mediante «la subversión violenta (para) destruir el orden», empleando el eurocomunismo como máscara

⁵³ Santiago CARRILLO: *Qué es la ruptura democrática*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976, pp. 38, 42-50 y 72, e íd.: *El año...*, pp. 96-97.

⁵⁴ Simón SÁNCHEZ MONTERO: *Qué es el comunismo*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976, pp. 62-74. En el mismo sentido, la introducción de Jordi Solé Tura de noviembre de 1976 a Enrico BERLINGUER: *La cuestión comunista*, Barcelona, Fontamara, 1977, pp. 15-18.

⁵⁵ «PCE' Carrillo and the Paracuellos executions, 22-IX-1976», recuperado de Internet (http://www.wikileaks.org/plusd/cables/1976MADRID07241_b.html), y Ricardo DE LA CIERVA: *La historia se confiesa*, Barcelona, Planeta, 1976.

⁵⁶ Paul PRESTON: *El zorro rojo...*, pp. 298-299.

⁵⁷ «Carta del CE» (30 de enero de 1977), AHPCE, *Documentos*, 58, 1.

para ocultar su fidelidad a Moscú⁵⁸. Paralelamente, Santiago Carrillo fue presentado como el «jefe del maquis»⁵⁹. Sin embargo, el eje central de la ofensiva no se centró en la lucha guerrillera, sino que se focalizó en las matanzas de Paracuellos. El 3 de enero *El Alcázar* publicó una espectacular esquila a toda plana en portada, responsabilizando al secretario general de aquellos hechos. La cifra de muertos fue magnificada (12.000 asesinados), considerando que aquel episodio era un ejemplo de crimen contra la humanidad que, «según jurisprudencia sentada por las naciones democráticas en Númberg, no prescribe». La intencionalidad explícita de estas acusaciones se dirigía, obviamente, a evitar la legalización comunista. Por su parte, la participación del semanario ultraderechista *Fuerza Nueva* en aquella campaña se planteó invocando la reacción militar⁶⁰.

Carrillo respondió a estas imputaciones afirmando que pretendían envenenar la «atmósfera de reconciliación nacional». La propaganda impresa del PCE aludió a esta ofensiva recalando que se trataba de una operación para confundir a la opinión pública, y que podría verse acompañada de la manipulación electoral desde «los sectores más reaccionarios (de los) órganos del aparato franquista»⁶¹. La ofensiva de prensa conservadora y ultra bebía del discurso anticomunista franquista y de su recurso al tema de Paracuellos. También reprodujo muchos argumentos destacados en 1974 en un ensayo del SECED dedicado a las formas de «subversión marxista» y los métodos para «revertirla», entre las que mencionaba la intervención militar. Aquel análisis situaba a ETA en el marco de una estrategia de desestabilización más amplia donde figuraba el «revisionismo carrillista», una faceta de «mayor peligro» puesto que abogaba por «la libertad y [...] los valores tradicionales» para «conseguir mayor aceptación que la que logrará la visión desnuda de una áspera ideología marxista-leninista»⁶².

⁵⁸ Alfonso PASO: «Instancia», *El Alcázar*, 7 de diciembre de 1976, p. 3.

⁵⁹ «Carrillo no es amniable», *El Alcázar*, 23 de diciembre de 1976, p. 1.

⁶⁰ «Carrillo, asesino de 1.500 militares», *Fuerza Nueva*, 2 de enero de 1977.

⁶¹ «PCE informa. Ante las elecciones» (febrero de 1977), AHPCE, *Documentos*, 284.

⁶² Carlos I. YUSTE: *Subversión y reversión en la España actual*, Madrid, San Martín, 1974, pp. 265-266, 285-295 y 174-175. Según José Ignacio Sanmartín, el autor principal de aquel ensayo fue Andrés Casinello; José Ignacio SANMARTÍN: *Servicio especial. A las órdenes de Carrero Blanco*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 199.

Cabe relacionar este clima de presión con el reforzamiento del discurso moderado del PCE durante la primera mitad de 1977, en el que no faltaron invocaciones tranquilizadoras al ejército⁶³. Sin embargo, ni ese discurso era nuevo, ni la imagen pública que proyectó el partido durante aquellos meses excluyó las apelaciones históricas. Entre finales de 1976 y abril de 1977 se desarrollaron las campañas dirigidas a captar nuevos militantes y lograr la legalización⁶⁴. En ellas se continuaron exaltando claves profusamente ensayadas con anterioridad: la lucha antifranquista, la represión y el exilio, la independencia frente a la Unión Soviética o la política de reconciliación nacional⁶⁵. Otro tanto ocurrió en las entrevistas a Carrillo o Sánchez Montero publicadas en marzo, que enlazaban con planteamientos de la memoria oficial comunista de los años sesenta⁶⁶. El rasgo más enfatizado desde la dirección comunista tras la legalización fue seguir destacando el papel del partido como aliciente en la reconciliación nacional, y entre las justificaciones para votar comunista el 15 de junio se resaltó la necesidad de «olvidar el trauma de la Guerra Civil» y aspirar a «la democracia para todos los españoles»⁶⁷. Pero la participación de Dolores Ibárruri en la campaña estuvo llena de referencias a los años treinta, a la Revolución de Asturias o a la épica del antifascismo⁶⁸. Por otro lado, el grueso de los ataques electorales se dirigieron contra Alianza Popular, que fue presentada como reproducción neofranquista y como traba para una futura Constitución democrática.

El PCE obtuvo el 15 de junio veinte diputados y un porcentaje de voto del 9 por 100, cifra que quedaba reducida al 6 por 100 si se descontaba el sufragio logrado por el PSUC. Según Rossana

⁶³ «Socialismo en libertad» (abril de 1977), AHPCE, *Documentos*, 48, 1.

⁶⁴ «Informe interno» (enero-marzo de 1977), AHPCE, *Documentos*, 58, 2.

⁶⁵ PCE: *Introducción al programa político* (diciembre de 1976), AHPCE, *Nacionalidades y Regiones*, 65/3.2; «Ingresa en el PCE» (s. f.), AHPCE, *Documentos*, 284, y «57 años de lucha por la libertad, la democracia y el socialismo» (1977), AHPCE, *Documentos*, 58.2.

⁶⁶ María Eugenia YAGÜE: *Santiago Carrillo*, Madrid, Cambio 16, 1977.

⁶⁷ «¿Por qué votar al PCE?» (mayo de 1977), AHPCE, *Nacionalidades y Regiones*, 169/2.7.

⁶⁸ Santiago CARRILLO: «Informe político presentado al Pleno del CC» (14-15 de abril de 1977), AHPCE, *Documentos*, 28, y Rafael CRUZ: *Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 220.

Rossanda, pocos días antes Carrillo calculaba que podía alcanzarse un porcentaje del 15-20 por 100, lo que supondría la paridad electoral con el PSOE⁶⁹. Y aunque Juan Díaz Nicolás apuntó la existencia de una encuesta, no conservada en el banco de datos del CIS, previa a la legalización que otorgaba una intención de voto del 15 por 100, lo cierto es que los muestreos en prensa inmediatamente anteriores a los comicios manejaron unos porcentajes equiparables a los logrados⁷⁰. Estos malos resultados fueron achacados por la dirección comunista a la imagen negativa creada durante el franquismo. No obstante, el análisis de los datos demoscópicos sugieren que esta afirmación era una verdad a medias. En ellos la identificación declarada de la ciudadanía con el ítem «comunista» —ya fuese por afinidad ideológica o por intención de voto— se mantuvo siempre en niveles reducidos. Sin embargo, la consideración de que el PCE debía participar con normalidad en la vida política fue ganando presencia.

La encuesta Foessa de 1975 ya preguntó por una hipotética intención de voto diferenciando entre varias opciones que no incluían la comunista. El grueso de apoyos se ubicó en el arco que iba de la democracia cristiana a los socialistas, mientras que el epígrafe de «otros» (que implícitamente aludía al PCE) se limitó a un 2 por 100. En otro sondeo de julio de 1976 sólo un 1 por 100 de los encuestados se declaró comunista. Ese mismo porcentaje se mantuvo, como seña de auto-identificación, en una encuesta de Metra/Seis realizada a finales de febrero de 1977, frente a los ítems socialdemócrata o socialista (donde se situaron un 30,6 por 100 de entrevistados) o demócratacristiano (17,1 por 100). Adolfo Suárez aparecía en ese momento como el líder más capacitado para asegurar la instauración de la democracia en España (45,4 por 100), frente a Felipe González (5,9 por 100) y Santiago Carrillo (1,3 por 100).

⁶⁹ Fernando CLAUDÍN: *Santiago Carrillo...*, p. 259.

⁷⁰ FUNDACIÓN FOESSA: *Estudios sociológicos sobre la situación social de España*, Madrid, Euroamérica, 1975, p. 1243; «Encuesta sobre cuestiones de actualidad, julio de 1976», *Revista Española de Opinión Pública (REOP)*, 46 (1976), p. 301; CIS: *Estudio 1127, febrero de 1977*; «Encuesta encargada a Metra/Seis sobre líderes y partidos políticos por el IOP, febrero de 1977» y «Encuesta encargada a Inventa/70 SA por el IOP sobre líderes y partidos políticos, febrero de 1977», *REOP*, 48 (1977), pp. 385, 391, 397, 362-364, 367 y 369, y Cristóbal TORRES: *IOP-CIS, 1963-2003. Entrevistas a sus directores y presidentes*, Madrid, CIS, 2003, p. 168.

Sin embargo, entre las siglas con mayor reconocimiento resaltaban las del PCE (34,8 por 100), seguidas por las del PSOE (31,3 por 100). Este hecho era evidente reflejo de la presencia del partido en la agenda de actualidad, pero también manifestaba su peso en términos de memoria social. La misma tendencia se expresó en otra encuesta coetánea de Inventica/70, en la que el PCE figuraba como formación más conocida, esta vez por casi un 50 por 100 de los consultados. Sin embargo, respecto a la intención de voto los apoyos potenciales caían hasta el 4,3 por 100, frente al 18,4 por 100 socialista, el 17,4 por 100 socialdemócrata o el 15,6 por 100 demócratacristiano. Por ubicación en el espectro ideológico, un 45 por 100 de entrevistados ubicaba al PCE «completamente a la izquierda», y otro 37 por 100 en el espacio genérico de «la izquierda».

Las opiniones sobre la legalización mostraron mayor variabilidad. En un sondeo realizado en mayo de 1976, un 43 por 100 era partidario de que se reconociesen todos los partidos. Tres meses más tarde, y ante la pregunta directa de la legalización del PCE, ese monto bajó al 35 por 100, mientras que un 28 por 100 se declaraba explícitamente contrario. En los primeros días de enero de 1977 las opiniones seguían muy divididas: un 29 por 100 aprobaba el reconocimiento comunista, un 11 por 100 si era con condiciones y un 25 por 100 se manifestaba en contra, mientras que sólo un 15 por 100 estimaba que el PCE era un partido democrático y a únicamente un 17 por 100 le inspiraba confianza. No obstante, los datos dieron un vuelco notable tras la legalización. La encuesta practicada el 15 de abril evidenció que un 45 por 100 de entrevistados aceptaba la medida, frente a un 17 por 100 que se posicionó en contra. Un contraste más acusado (55 frente a 12 por 100) se constató en un sondeo de Gallup publicado en esas mismas fechas⁷¹.

Conclusiones: el partido laico

El abandono del leninismo en el IX Congreso de 1978 ha sido explicado como reacción ante la presencia del PCE en la esfera

⁷¹ CIS: *Estudio 1102*, 25 de mayo de 1976; *Estudio 1105*, 2 de agosto de 1976; *Estudio 1118*, 10 de enero de 1977, y *Estudio 1133*, 15 de abril de 1977, y *Cambio 16*, 18 de abril de 1977, p. 34.

pública y por la necesidad de consagrar un discurso moderado que paliase su imagen poco democrática o filosoviética⁷². Esta consideración puede inscribirse en unas coordenadas comparativas amplias en relación con un paradigma preciso: el representado por el Partido Comunista Italiano (PCI). Y no sólo porque las tesis eurocomunistas españolas estuviesen intensamente influenciadas por las italianas, sino por la existencia de una clara afinidad respecto a lo que Donald Saason denominó como la derivación del PCI hacia un «partido laico»⁷³.

Esta deriva tomó forma durante un dilatado periodo que abarcó del Giro de Salerno al *Memorial de Yalta*, y de ahí al eurocomunismo. Fue fruto de la participación en la construcción institucional de la república, la desestalinización o la experiencia de gestión del PCI en esferas de poder provincial o regional. También de la aspiración por convertirse en gobierno en un contexto capitalista desarrollado y ante una percepción social abiertamente escéptica (cuando no crítica) frente a la Unión Soviética. De ahí la relevancia adquirida por la apelación nacional-popular, el paulatino rechazo a las categorías dogmáticas o la asimilación de las tesis gramscianas sobre generación de consensos o lucha en el campo de la hegemonía. Su potente base electoral y social convirtió al PCI en modelo de partido de masas nutrido con colectivos plurales. Los resultados del PCE del 15 de junio de 1977 quedaron lejos de los obtenidos por los comunistas italianos en junio de 1976. No obstante, resulta difícil no establecer concomitancias entre la estrategia de colaboración del PCE en las tareas constitucionales o en los Pactos de la Moncloa, con las del PCI durante el periodo en que abogó por el compromiso histórico. Es en estas coordenadas donde debe enmarcarse el debate sobre el leninismo, una discusión que, como indicó Fernando Claudín, tuvo claros tintes de disputa «teológica»⁷⁴. La apelación laica permite situar, asimismo, la creciente relevancia otorgada por Carrillo a Gramsci o a Togliatti en sus reflexiones sobre los orígenes del eurocomunismo, en paralelo a su defensa del moderantismo del PCE durante la guerra. En este sentido, llegó a

⁷² Juan Antonio ANDRADE: *El PCE y el PSOE...*, pp. 310-317.

⁷³ Donald SAASON: *Togliatti e il partito di massa. Il PCI dal 1944 al 1964*, Roma, Castelvecchi, 2014, pp. 317-331.

⁷⁴ Fernando CLAUDÍN: *Santiago Carrillo...*, p. 290.

indicar que fue su conversión en partido de masas lo que permitió su carácter nacional y de defensa de la democracia representativa, destacando que «las raíces de nuestras posiciones actuales (estaban) ya en aquella (posición)»⁷⁵.

Semejante afirmación puede advertirse como una muestra de ductilidad de memoria. Pero ¿la memoria oficial del PCE fue oportunista o pragmática?, ¿amnésica o reparadora? Probablemente quepa explicarla como síntesis de todas esas dimensiones. De ahí el problemático emplazamiento, en términos de coste o beneficio, de las renunciaciones comunistas a una memoria reivindicativa ante la Guerra Civil, o punitiva frente a la dictadura⁷⁶. Pero de ahí también la flexibilidad de una memoria connotativa que no bloqueó la capacidad de maniobra comunista a la hora de erosionar la legitimidad del dubitativo reformismo posfranquista, y que coadyuvó en hacer de la cuestión de la legalización la «cuestión de la democracia»⁷⁷.

De hecho, la memoria oficial del PCE entre los sesenta y setenta debe categorizarse como un discurso híbrido y diversificado donde se sintetizaron presencias y ausencias, énfasis y silencios, o continuidades moduladas por el tacticismo y las expectativas de futuro. Tal flexibilidad permitió cubrir distintas funciones. Por un lado, la de seguir aglutinando al partido. Un nexo identitario esencial en este sentido fue el carácter de *Pasionaria* como elemento de continuidad, autoridad moral y exaltación, si bien puede advertirse que, entre los años sesenta y setenta, se produjo asimismo una cierta «transferencia de carisma» entre esa figura histórica y Santiago Carrillo, el principal responsable de la maquinaria orgánica del partido⁷⁸. Otro nexo fue el valor didáctico otorgado al relato sobre un pasado simplificado sin aparentes fisuras con el presente. El programa de una

⁷⁵ Santiago CARRILLO: *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 142-143 y 152-159.

⁷⁶ Ferrán GALLEGÓ: *El mito de la Transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 704-705, y Carme MOLINERO: «La Transición y la renuncia a la recuperación de la memoria democrática», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11.1 (2010), pp. 33-52.

⁷⁷ Pere YSÀS: «La Transición española: luces y sombras», *Ayer*, 79 (2010), pp. 31-57, esp. pp. 48-50.

⁷⁸ Rafael CRUZ: *Pasionaria...*, pp. 202-210, y Vicente SÁNCHEZ BIOSCA: «Santiago Carrillo 1971. Políticas en transición y transferencia carismática», *Kamtchatka*, 4 (2014), pp. 165-188, esp. pp. 175-176.

escuela de formación de cuadros celebrado en 1978 es una muestra: seguía reuniendo algunas nociones básicas de principios de economía marxista y estrategia leninista, junto a una glosa sintética de la historia del PCE que reiteraba la visión épica de la Guerra Civil como «guerra nacional revolucionaria», culminando con dos temas sobre «nuestro comunismo» desglosados en los epígrafes «por la democracia política y social» y «por el socialismo en libertad»⁷⁹.

Pero también debe hablarse de una memoria inclusiva de amplio espectro que mantuvo y amplificó la noción de reconciliación nacional, trascendiendo los factores concretos que provocaron el giro de 1956. En este caso cabe señalar una pretensión aglutinante mediante referentes secularizados —el antifranquismo como lucha por las libertades y la reconciliación como base para una legitimidad democrática fundada en el encuentro interclasista—, que sirviesen de mecanismos de atracción para un conglomerado ciudadano heterogéneo, y, por tanto, como vía de presión frente a la política gubernamental entre 1976 y 1977. Es en estas coordenadas donde las apelaciones de memoria encajaron con una estrategia populista basada en la cooperación: por arriba, mediante la colaboración del PCE con otras fuerzas; por abajo, mediante la cultura de oposición a la dictadura y conciencia de cambio. La ligazón entre reconciliación nacional y restauración democrática quedó explícitamente enunciada, por ejemplo, cuando se confeccionaron antologías con materiales del partido⁸⁰. Y el que se discutiese públicamente esta ligazón provocó sonoras reacciones. Así ocurrió con la *Autobiografía de Federico Sánchez*, de Jorge Semprún, editada en septiembre de 1977, que ofrecía una imagen del PCE dominada por la falta de democracia interna, el carácter autoritario de Carrillo o por fallos estratégicos y organizativos⁸¹.

Finalmente, la memoria oficial comunista se definió por una función reactiva y por la necesidad de hacer frente al discurso anti-comunista alimentado durante el franquismo y prolongado en medios ultras o conservadores. El interés por enfatizar el sentido histó-

⁷⁹ COMITÉ LOCAL DEL PCE: *Forja de comunistas*, Albacete, 1978.

⁸⁰ Santiago CARRILLO: *Escritos sobre Eurocomunismo*, Madrid, Forma, 1977.

⁸¹ Jorge SEMPRÚN: *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977. El debate generado, en Rafael ABELLA (dir.): *Semprún/PCE. Historia de una polémica*, Barcelona, Planeta, 1978.

rico —entendido como *no actual*— de la Guerra Civil puede leerse, parcialmente al menos, como reacción ante esos ataques; o como obligada estrategia de moderación para «evitar por todos los medios la involución política», como se argumentó en la resolución del IX Congreso sobre «cambio político». En un plano similar cabe situar los silencios respecto a ciertos episodios de violencia neutralizados en el discurso generalista del PCE en 1976 o 1977 (el estalinismo, el POUM, la lucha guerrillera e, incluso, los análisis sobre el fenómeno contemporáneo del terrorismo). Por el contrario, la campaña comunista a favor del «sí» en el referéndum constitucional fue la culminación del relato centrado en la necesidad de superar el recuerdo traumático sobre la Guerra Civil, pero entendiéndolo más como ejercicio de catarsis que como olvido indiscriminado⁸².

⁸² PCE (COMISIÓN DE PROPAGANDA): *Sobre la Constitución*, Madrid, s. f. [1978].